

Un monasterio habéis visto,
Cuya sagrada vivienda
Fue teatro de una horrenda
Profanación?

DON RODRIGO

¡Jesucristo!

GABRIEL

¿No es verdad que cuando clavo
Mis ojos en vuestro rostro
Os hieló el alma y os postro
A mis pies como un esclavo?
De rodillas, Santillana:
Vuestra vida está en la mía:
Viviréis más que yo un día:
Si yo muero hoy, vos mañana.

DON RODRIGO

¡Dios me valga! . . .

GABRIEL

¡Calle! ¿y vos
Lo tomáis como os lo digo?
Si esto es farsa, don Rodrigo:
Serenaos, ¡vive Dios!

JOSE ZORRILLA.



Teatro
Mexicano



La Verdad
Sospechosa

GARCIA

(*Aparte*). (Agora os he menester,
sutilezas de mi ingenio).
En Salamanca, señor,
hay un caballero noble
de quien es la alcuña Herrera
y don Pedro el propio nombre.
A éste dió el cielo otro cielo
por hija, pues con dos soles

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

sus dos purpúreas mejillas
 hace claros horizontes.
 Abrevio, por ir al caso,
 con decir que cuantas dotes
 pudo dar naturaleza
 en tierna edad, la componen.
 Mas la enemiga fortuna,
 observante en su desorden,
 a sus méritos opuesta,
 de sus bienes la hizo pobre;
 que demás de que su casa
 no es tan rica como noble,
 al mayorazgo nacieron
 antes que ella dos varones.
 A ésta, pues, saliendo al río
 la ví una tarde en su coche,
 que juzgara el de Faeton
 si fuese Eridano el Tormes.
 No sé quién los atributos
 del fuego en Cupido pone,
 que yo de un súbito hielo
 me sentí ocupar entonces.
 ¿Qué tienen que ver del fuego
 las inquietudes y ardores,
 con quedar absorta un alma,
 con quedar un cuerpo inmóvil?
 Caso fue verla forzosó;
 viéndola, cegar de amores;
 pues abrasado seguirla,
 júzguelo un pecho de bronce.
 Pasé su calle de día,
 rondé su calle de noche,
 con terceros y papeles
 le encarecí mis pasiones,
 hasta que al fin, condolida
 o enamorada, responde,

porque también tiene amor
 jurisdicción en los dioses.
 Fui acrecentando finezas
 y ella aumentando favores,
 hasta ponerme en el cielo
 de su aposento una noche.
 Y cuando solicitaban
 el fin de mi pena enorme,
 conquistando honestidades,
 mis ardientes pretensiones,
 siento que su padre viene
 a su aposento: llamóle,
 porque jamás tal hacía,
 mi fortuna aquella noche.
 Ella turbada, animosa
 (mujer al fin), a empellones
 mi casi difunto cuerpo
 detrás de su lecho esconde.
 Llegó don Pedro, y su hija,
 fingiendo gusto, abrazóle
 por negarle el rostro, en tanto
 que cobraba sus colores.
 Asentáronse los dos,
 y él con prudentes razones
 le propuso un casamiento
 con uno de los Monroyes.
 Ella, honesta como cauta,
 de tal suerte le responde,
 que ni a su padre resista,
 ni a mí, que la escucho, enoje.
 Despidiéronse con esto;
 y cuando ya casi pone
 en el umbral de la puerta
 el viejo los pies, entonces...
 ¡Mal haya, amén, el primero
 que fue inventor de relojes!

Uno que llevaba yo
 a dar comenzó las doce.
 Oyólo don Pedro, y vuelto
 hacia su hija: «¿de dónde
 vino ese reloj?» le dijo.
 Ella respondió: «envíole,
 para que se le aderecen,
 mi primo, don Diego Ponce,
 por no haber en su lugar
 relojero ni relojes.»
 «Dádmelo, dijo su padre,
 porque yo ese cargo tome.»
 Pues entonces, doña Sancha,
 que este es de la dama el nombre,
 a quitármele del pecho
 cauta y prevenida corre,
 antes que llegar él mismo
 a su padre se le antoje.
 Quitémelo yo, y al darle,
 quiso la suerte que toquen
 a una pistola que tengo
 en la mano, los cordones.
 Cayó el gatillo, dió fuego,
 al tronido desmayóse
 doña Sancha. Alborotado
 el viejo empezó a dar voces.
 Yo, viendo el cielo en el suelo,
 y eclipsados sus dos soles,
 juzgué sin duda por muerta
 la vida de mis acciones,
 pensando que cometieron
 sacrilegio tan enorme
 del plomo de mi pistola
 los breves volantes orbes.
 Con esto, pues, despechado,
 saqué rabioso el estoque:

fueran pocos para mí
 en tal ocasión mil hombres.
 A impedirme la salida,
 como dos bravos leones,
 con sus armas sus hermanos
 y sus criados se oponen;
 mas, aunque fácil, por todos
 mi espada y mi furia rompen,
 no hay fuerza humana que impida
 fatales disposiciones,
 pues al salir por la puerta,
 como iba arrimado, asíome
 la alcayata de la aldaba
 por los tiros del estoque.
 Aquí para desasirme,
 fue fuerza que atrás me torne,
 y entre tanto mis contrarios
 muros de espadas me oponen.
 En esto cobró su acuerdo
 Sancha; y para que se estorbe
 el triste fin que prometen
 estos sucesos atroces,
 la puerta cerró animosa
 del aposento, y dejóme
 a mí con ella encerrado,
 y fuera a mis agresores.
 Arrimamos a la puerta
 baúles, arcas y cofres;
 que al fin son de ardientes iras
 remedio las dilaciones.
 Quisimos hacernos fuertes;
 mas mis contrarios feroces
 ya la pared me derriban,
 y ya la puerta me rompen.
 Yo, viendo que aunque dilate,
 no es posible que revoque

la sentencia de enemigos
tan agraviados y nobles,
viendo a mi lado la hermosa
de mis desdichas consorte,
y que hurtaba a sus mejillas
el temor sus arreboles;
viendo cuán sin culpa suya
conmigo fortuna corre,
pues con industria deshace
cuanto los hados disponen;
por dar premio a sus lealtades,
por dar fin a sus temores,
por dar remedio a mi muerte
y dar muerte a mis pasiones,
hube de darme a partido
y pedirles que conformen
con la unión de nuestras sangres
tan sangrientas disensiones.
Ellos, que ven el peligro
y mi calidad conocen.
lo aceptan, después de estar
un rato entre sí discordes.
Partió a dar cuenta al Obispo
su padre, y volvió con orden
de que el desposorio pueda
hacer cualquier sacerdote.
Hízose, y en dulce paz
la mortal guerra trocóse,
dándote la mejor nuera
que nació del sur al norte.
Mas tú, en que no lo sepas
quedamos todos conformes,
por no ser con gusto tuyo
y por ser mi esposa pobre;
pero ya que fue forzoso

saberlo, mira si escoges
por mejor tenerme muerto,
que vivo y con mujer noble.

JUAN RUIZ DE ALARGON.





Auto sacramental
del Divino Narciso

ECO

Bellísimo Narciso,
que a estos humanos valles,
del monte de tus glorias
las celsitudes traes.

Mis pesares escucha,
indignos de escucharse,
pues ni aun en esto esperan
alivio mis pesares.

Eco soy, la mas rica
pastora de estos valles;
bella decir pudieran
mis infelicidades.

Mas desde que severo
mi beldad despreciaste,
las que canté hermosuras,
ya las lloro fealdades.

Pues tú mejor conoces
que los claros imanes
de tus ojos arrastran
todas las voluntades;

no extrañarás el ver
que yo venga a buscarte:
pues todo el mundo adora
tus prendas celestiales.

Y así vengo a decirte
que ya que no es bastante
a ablandar tu dureza
mi nobleza y mis partes,
siquiera por tí mismo
mires interesable
mis riquezas, atento
a tus comodidades.

Pagarte intento, pues
no será disonante
el que venga a ofrecerte
la que viene a rogarte.

Y pues el interés
es en todas edades
quien del amor aviva
las viras penetrantes,
tiende la vista a cuanto
alcanza a divisarse

desde este monte excelso,
que es injuria de Atlante.

Mira aquesos ganados,
que inundando los valles,
de los prados fecundos
las esmeraldas pacen.

Mira en cándidos copos
la leche, que al cuajarse
afrenta los jazmines
de la aurora que nace.

Mira de espigas rojas
en los campos formarse
pajizos chamelotes
a las olas del aire.

Mira de esas montañas
los ricos minerales,
cuya preñez es oro,
rubíes y diamantes.

Mira en el mar soberbio
en conchas congelarse
el llanto de la aurora
en perlas orientales.

Mira de esos jardines
los fecundos frutales,
de especies diferentes
dar frutos admirables.

Mira con verdes pinos
los montes coronarse,
con árboles que intentan
del cielo ser gigantes.

Escucha la armonía
de las canoras aves,
que en coros diferentes
forman dulces discantes.

Mira de uno a otro polo
 los reinos dilatarse,
 dividiendo regiones
 los brazos de los mares.

Y mira cómo surcan
 de las veleras naves
 las ambiciosas proas
 sus cerúleos cristales.

Mira entre aquellas grutas
 diversos animales,
 a unos salir feroces,
 a otros huir cobardes.

Todo, bello Narciso,
 sujeto a mi dictamen,
 son posesiones mías;
 son mis bienes dotales.

Y todo será tuyo
 si tú, con pecho afable,
 depones lo severo
 y llegas a adorarme.

NARCISO

Aborrecida ninfa,
 no tu ambición te engañe,
 que mi belleza sola
 es digna de adorarse.

Vete de mi presencia
 al polo más distante,
 a donde siempre penes,
 a donde nunca acabes.

ECO

Ya me voy; pero advierte
 que desde aquí adelante,
 con declarados odios
 tengo que procurarte

la muerte, para ver
 si mi pena, implacable,
 muere con que tú mueras,
 o acaba con que acabes.

SOR JUANA INES DE LA CRUZ





El Torneo

ISABEL

¡Y esta es la vida! ¿y al mirar el féretro
Cobarde tiembla el mísero mortal,
Cuando la tumba es el asilo único
Donde se encuentra verdadera paz?
Y de la vida ¿cuál es aquella época
Que no conoce el peso del dolor?
¡Tormento siempre, en todas partes lágrimas!
Tal es la suerte que al mortal tocó.
Desde la infancia hasta la edad decrepita,
El niño, el hombre y la infeliz mujer

Corriendo van tras una sombra mágica,
Que llaman dicha y que jamás se ve.

El triste anciano, de su edad quejándose,
De juventud quisiera disfrutar;
Olvida, imbécil, los tormentos hórridos
En que se agita esta infeliz edad.

Es una fiebre, es una fiebre indómita,
Es un violento, un loco frenesí;
¡Ay! sus placeres pasan cual relámpago,
Dejando el llanto de su curso al fin.

Siempre deseos, esperanzas pérfidas,
Que nos halagan sin llegar jamás:
Siempre ansiedad, vacío, goce efímero
Que se convierte en triste realidad.

Y de la vida en el cercano término,
Del desengaño a la funesta luz,
El corto espacio de la tumba lóbrega . . .
Un paño negro . . . ¡un mísero ataúd!

Tal de la vida es el torrente rápido:
¡Ay! de la mía ya se acerca el fin;
Y yo lo espero como espera el náufrago
La amiga playa en que será feliz.

¡Oh, llanto mío, de mis penas bálsamo,
Ni tú, ni tú me quieres consolar;
Nadie se duele de la triste víctima,
Que de la vida se despide ya!

¡Alberto! ¡Alberto! De mi tumba mísera
La losa, tú con llanto regarás,
Hasta que se unan nuestras almas férvidas
En las regiones de la eternidad!

FERNANDO GALDERON



El Jugador

JACINTO

No os quejéis porque el juego
os venga perfectamente:
si usted le viera en la lid,
con los bolsillos de fuera,
atacar como una fiera
defenderse como un Cid,
no le negara, a fe mía,
con vuestro aprecio su gloria,
que quien vende la victoria
tan cara la merecía.

Allí con ojos insanos
y semblante macilento,
ora observa el movimiento
de las enemigas manos,
ora tajos y reveses
tira mil, ora estocadas
a veces afortunadas,
y sin fruto las más veces.
Mas si en parciales acciones
alguna ventaja alcanza,
pronto pierde la esperanza
al mirar sus escuadrones
rotos, deshechos, vencidos,
abandonar los aceros,
y rendirse prisioneros
a jefes más aguerridos.
Entonces el general
llama a tropas auxiliares,
se expone a nuevos azares
y precipita su mal.
En vano la línea muda,
tiene escuchas, busca espías,
o con nuevas baterías
su debilidad escuda:
todo en vano: la derrota
se completa prontamente,
y quedándose sin gente,
y sudando gota a gota,
y ya rojo, ya amarillo,
termómetro es su color
que manifiesta el calor
o el hielo de su bolsillo.
Cede al fin, huye el cuitado,
y con vergüenza se esconde
en un rincón, desde donde
ve su campo destrozado:

mas con todo, en tal afán,
aun no pierde la cabeza,
y lo prueba con destreza
nombrándome su edecán.

GOROSTIZA





Don Bonifacio

BONIFACIO

Si, pero ya saben ustedes lo que es pretender en México, y cómo se van los días y las cuartillas . . . Dos semanas me ha costado sólo el domesticar al portero de la Secretaría para que me proporcionara el hablar con el Ministro, de refilón, y al entrar o salir de su despacho; ello no hay duda que conseguí al cabo que me es-

cuchara S. E. con mucha atención, aunque sin cesar de andar nunca, y que me respondiera con mucha afabilidad, «bien, bien, se le tendrá a usted presente;» y ya ven ustedes lo que esto significa en boca de un Ministro. Desgraciadamente mi posadero no me ha querido por su parte tener presente si no le pagaba, y me ha estado quemando la sangre por miserables veinticinco pesos que le debía. En este compromiso supe antes de ayer que la Administración del teatro buscaba con empeño dos o tres actrices nuevas que habían de salir en esta misma comedia que estamos oyendo, donde al autor se le ha antojado poner más mujeres que hay en el serrallo del gran turco. Entonces me informé del Administrador sobre lo que daría a cada una por las tres funciones del Carnaval. «Veinticinco pesos» me respondió lacónicamente, aunque con una voz muy melíflua, porque el tal Administrador es un jovencito barbilampiño, a quien no le gusta gastar mucha prosa. «¡Veinticinco pesos!» exclamé yo, y sin titubear ajusté a mi mujer, que ha manifestado siempre mucha disposición para el teatro, y a la que para ser buena actriz no le falta ya casi nada. . . Sólo tener memoria, saber hablar, entender lo que le dicen y moverse a tiempo.

JUAN

Pues es una bagatela.

BONIFACIO

No lo sería si no hubiera yo sabido contratarla. . . Pero ahora van ustedes a oír las condiciones de su ajuste, y me dirán ustedes si entiendo el negocio. . . También he querido en mi contrato atar un poco las manos a estos señores cómicos, porque se suelen entusiasmar algunas veces en la escena. . . y ya he dicho que soy algo celoso. . . ¿Pero dónde diablos he puesto el contrato? . . . ¡Si lo habré perdido. . . ! ¡Caramba! pues sería chasco. . . Y me podrían quizá hacer droga de los veinticinco pesos. . . Creo que es este. . . No, que es la fe de bautismo de mi mujer, y la que no leo por no dar mal ejemplo. . . ¡Qué gracia no se armaría si a todos los maridos se les antojase después leer en público las fes de bautismo de sus queridas consortes. . . ! ¡Dios nos libre. . . ! Se volvería el teatro una representación en miniatura de lo que ha de pasar algún día en el valle de Josafat.—Pues señores, no encuentro el tal papelucho. . . No lo encuentro, por vida mía. . . y si no lo he dejado por casualidad en el camarín de mi mujer, entonces lo he perdido sin remedio. Así, permítanme ustedes que lo vaya a buscar, que